EL PAJARO Y EL MAR

(Notas para un estudio de los símbolos en la poesía de *Los Muertos*)

La lectura detenida de Los muertos, *de José Luis Hidalgo*[1] *muestra la existencia de una serie de símbolos a través de los cuales el autor nos va revelando un mundo poético propio. Aceptada la existencia de tales símbolos como hipótesis de trabajo*[2]*, ofrecemos algunas notas, procedentes de un estudio más amplio que preparamos sobre la simbología de* L. m. *Vamos a limitarnos aquí a dos términos que aparecen con relativa frecuencia en los poemas del libro y que reiteradamente se muestran con peculiares características, todo lo cual les confiere un valor significativo más amplio que el puramente literal.*

El primero sobre el que fijamos nuestra atención es el mar *que encontramos en el poema que sirve de pórtico al libro:*

¿cantar?... ¿cantar?... ¿Quién canta? ¿Acaso un «mar» de [piedra
pudo lanzar su voz sobre la tierra nunca?
¿Acaso de estos hombres tendidos, la voz triste
podrá brotar jamás de su muerte absoluta?

(L. m., *p. 25)*

Vemos aquí cómo, para significar el silencio que pesa sobre el mundo de los muertos, ese silencio de muerte absoluta, *el poeta ha hallado una metáfora precisa:* un mar de piedra. *Ahora bien, lo que aquí parece simplemente una metáfora en un poema determinado, puede adquirir un sentido más profundo dentro del mundo imaginativo del poeta, llegando a ser uno de los símbolos que configuran ese mundo. Para indagar ese sentido* simbólico *del término* mar, *veamos algunos otros textos en los que aparece:*

Señor, yo quiero verte, quiero que mi relámpago
me deje, eternamente, mirarte cara a cara
y que el «mar de la muerte», en cuyas aguas bebes,
seque, infinitamente, la sed de tu garganta.

(L. m., *p. 56)*

Igual que por las aguas más profundas
navega, siempre ciego, un pez luciente,
así va navegando nuestra alma
por el «mar» absoluto «de la muerte»

(L. m., *p. 96)*

Por debajo de mí los enterrados,
como fríos veleros, navegando
por otro «mar» sombrío, el «de la muerte».

(L. m., *p. 119)*

En todos estos ejemplos el mismo poeta aclara el posible sentido que vamos indagando en el término: es «el mar de la muerte».

Ampliemos el campo de observación a nuevos textos:

Vuelvo por el silencio que no he tenido nunca,
que como el «mar» me falta, como falta la «muerte»,

(L. m., *p. 106)*

En este, el poeta, mediante el símil, reitera la relación mar - muerte *que ya hemos observado en anteriores textos.*

Que el poeta emplea conscientemente este término con un valor especialmente significativo (a nuestro juicio simbólico*) resulta evidente si nos fijamos en este texto: el poeta dialoga con uno de sus muertos, a quien pregunta* ¿Qué sabes?:

Yo sé que existe «el mar»; tú no lo sabes.

(L. m., *p. 34)*

Razonablemente este mar *de cuyo conocimiento se envanece el poeta ha de tener un sentido más hondo del puramente literal. Ahora bien, la sospecha que habíamos apuntado de que fuese el mar símbolo de la muerte parece debilitarse ante este verso, pues el muerto no debiera ignorar la existencia del* «mar». *Mas, continuando la lectura del poema llegamos a un verso sumamente significativo:*

Tú sabes más que «el mar». Tan hondo vives (...)

Al muerto no le interesa ya la existencia del mar (=muerte), *porque su conocimiento ha tras-*

[1] Trabajamos sobre la edición preparada por J. Campos para Taurus, Madrid, 1966, incluyendo los poemas del «Apéndice».

[2] Prescindimos aquí de las necesarias teorizaciones, que ofreceremos en un trabajo de próxima publicación sobre este mismo tema.

cendido ya a la propia muerte: Sólo a la eternidad miran tus ojos, *es el verso final del poema.*

Un nuevo texto nos asegura —en este caso por oposición— ese significado simbólico del mar; si el vivir es máximo contraste y oposición a la muerte, el poeta puede afirmar:

> Vivir es un relámpago que enciende cuanto toca
> es una luz terrible que un «mar» extraño apaga.
>
> *(*L. m., *p. 56)*

aunque él sepa que, al final sea ese mar extraño *el que apague la* luz terrible *del vivir.*

Pero el mar no sólo es la muerte; sin dejar de tener este sentido puede ser también símbolo del Dios que el poeta espera —o más exactamente, quiere— encontrar al final de su lucha. Así sucede en este texto en el que H. toma la vieja metáfora manriqueña de los ríos que van a dar a la mar:

> Y sé que, como un «mar», a todos bañas;
> que las almas de todos Tú reflejas
> y que a Ti llegaré cuando mis aguas
> den al «mar» de tus aguas verdaderas.
>
> *(*L. m., *p. 63)*

Naturalmente, no todos los textos se presentan con la claridad (al menos, en nuestra opinión) de los hasta aquí observados. Pero precisamente es en los textos de más difícil comprensión en donde resalta la utilidad de estos análisis, al posibilitar una interpretación nueva de los mismos. Así, el brevísimo poema Dejame así *(*L. m., *p. 64):*

> Déjame así, con esta carne oscura,
> como un árbol, de pronto, que no crece
> porque ha sentido al «mar». Ya no pregunto:
> brama tu palpitar sobre mi frente.

Dejando aparte el significado del árbol *—otro importante elemento en la simbología de* L. m.*—, cabe plantearse si también aquí puede ser el* mar *símbolo de la muerte. Interpretemos el texto: el poeta nos explica que ya no pregunta, es decir, interrumpe esa indagación sobre el sentido del vivir que constituye una de las claves de su libro, porque ha sentido la presencia divina* (brama tu palpitar...); *también ese árbol con el que se ha comparado detiene su crecimiento, es decir, su vida, porque ha sentido la presencia del* mar*; parece pues que éste sea símbolo del conocimiento o presencia de Dios. Ahora bien, no creemos que un significado excluya al otro: la muerte puede ser para el poeta (ello es evidente a lo largo del libro) el único medio para alcanzar el conocimiento y comprobar la presencia de Dios.*

Pasemos ahora al segundo término simbólico, también frecuente en el libro: el pájaro. *Lo primero que llama la atención con respecto a éste es que, contrastando con el signo de alegría, vitalidad «ascensional» que podría sugerir, casi siempre aparece acompañado de epítetos que le confieren un valor negativo:* pájaro inmensamente helado que muriera; un pájaro detiene el vuelo de sus alas y se apaga; dos ciegos pájaros; un pájaro abatido (...) se desploma; hay un pájaro dulce que no puede cantar. *Hay que señalar que en la mayor parte de estos casos, el contexto está aludiendo a la muerte de modo directo:*

> Entonces —escuchad— un «pájaro» detiene
> el vuelo de sus alas y se apaga, se apaga,
> mientras el hombre muerto, sin saberlo, transcurre
> arriba, más arriba, sobre la tierra, solo.
>
> *(*L. m., *p. 29)*

> Los cuerpos, aquí están, irremediables,
> Bajo los cuerpos sé que nada queda.
> (.....)
> El aire se endurece, como un «pájaro»,
> inmensamente helado, que muriera.
>
> *(*L. m., *p. 27)*

> Sí, te fuiste, te fuiste, me dejaste aquí solo
> tristemente viviendo, te alejaste callando
> a los campos oscuros donde el aire es de tierra
> y hay un «pájaro» dulce que no puede cantar
>
> *(*L. m., *p. 113)*

o de modo indirecto, como en estos versos, en los que el invierno es prefiguración de la proximidad de la muerte:

> Cuando me acerco hasta tu orilla,
> luz del invierno, me deshojas,
> (.....)
> mientras un «pájaro» abatido
> hiere la tarde y se desploma...
>
> *(*L. m., *p. 93)*

En otros dos textos, con rara coincidencia, el pájaro ciego *es símil empleado para representar el desconocimiento, la oscuridad en la búsqueda esencial del poeta:*

> A solas con el mundo, no encuentro las raíces
> estrella, árbol, tierra, que dentro de mí siento;
> el cielo se me escapa, no corre por mis venas,
> circulo por las suyas como un «pájaro» ciego.
>
> *(*L. m., *p. 11)*

> Como dos ciegos «pájaros»
> que no te conocieran,
> mis manos se levantan
> sobre toda la tierra,
> y en lo oscuro te buscan
>
> *(*L. m., *p. 78)*

También hay connotación negativa en estos versos que vamos a ofrecer, aunque aquí no se refiera propiamente al pájaro, *sino a la ausencia de éste. El poeta habla a sus muertos:*

> Bajo la tierra seca
> arden eternamente vuestras llamas
> por un aire sin «pájaros»
> eternamente alimentadas.
>
> *(L. m., p. 35)*

Creemos que estamos ya en condiciones de extraer alguna conclusión de los versos hasta ahora observados: el poeta emplea el término pájaro *como signo negativo al referirse a la muerte; ¿será pues el pájaro símbolo de la vida? Así parece confirmarse en este texto:*

> (...) un alegre vivir, limpio y desnudo
> que cante como un «pájaro» en tus sienes.
>
> *(L. m., p. 91)*

Más difícil resulta aplicar ese significado en estos dos textos en los que el pájaro *aparece en relación con la divinidad:*

> Si en la noche de Dios yo me muriera
> (.....)
> En la noche divina se alzarían
> los «pájaros» divinos (...)
>
> *(L. m., p. 41)*

> ¡Qué rojo estás, Dios mío; dentro de mí te siento
> como una savia ardiente, como un inmenso «pájaro».
>
> *(L. m., p. 65)*

Pero no parece tampoco demasiado forzada la interpretación de esos pájaros *como símbolos de vida; si bien, dado el contexto, sea preciso hablar de una* vida divina, *la que emprendería el hombre tras su muerte* (Niña el alma, elevándose, muriendo / al encontrarse viva sin su carne, *dice en el mismo poema* Esta noche); *como la savia de Dios que siente ya dentro de sí, al acercarse el momento de la muerte.*

El pájaro y el mar, la vida y la muerte; las dos realidades primordiales que constituyen los ejes que articulan el mundo poético de Los muertos, *configuradas en dos símbolos que dan sentido a ese mundo: esta puede ser la primera conclusión de estas breves notas que intentan, ante todo, mostrar un nuevo punto de partida para un estudio de la obra de José Luis Hidalgo.*

José Manuel GONZALEZ HERRAN.

RECUERDO DE JOSE LUIS

Yo le vi morir.
Si
que me digan ahora a mí
como fue.
¿Dónde estaba yo?
¿Y él?
Cuando yo le vi morir
—Pinares de Chamartín—
donde un día amé
—y a mi ¿quién me amó?—
Cuando yo le vi partir
y ya no
le oí... más
¿Era morir acabar?

José GARCIA NIETO.